

quizás con acierto: "Hoy día (...) estamos en un momento de confusión para la investigación social. El estudio que hemos hecho no ha resuelto esta confusión. Ni la ha reducido significativamente. Pero puede ayudarnos a trazar nuestro camino a través de ésta. Y esto, podemos sentir, es suficientemente valioso" (p. 216).

Ricardo F. Crespo

MARTÍN ZUBIRÍA: *Platón y el comienzo de la filosofía griega*, Buenos Aires, Editorial Quadrata, 2004, 125 pp.¹

Este título sorprende de inmediato por lo siguiente: ¿Qué relación guarda Platón con el comienzo de la filosofía griega? Los aparentes juicios negativos de Platón en sus diálogos *Íón* y *República* contra los poetas parecen cancelarla de antemano, al menos en una forma positiva.

El presente libro muestra, frente a estos hechos, con claridad la relación intrínsecamente racional, positiva y sistemática del pensamiento platónico con el comienzo de la filosofía griega. No obstante es importante detenerse un momento a pensar por qué esta relación ha pasado inadvertida tanto a los filólogos clásicos como a los pensadores contemporáneos. Esto obedece a la forma misma de situarse que tiene el pensar contemporáneo o moderno –en sentido singular– frente a sí mismo y con respecto a su tradición.

Las corrientes de pensamiento posteriores a la filo-

sofía de Hegel tienen en común el rechazo a lo que existe racionalmente. Lo sistemático es para estas corrientes signo de totalitarismo, carencia de atención a lo singular, desconocimiento de lo novedoso que puede surgir dentro de lo no pensado en la unidad racional de una filosofía que se ocupa de lo absoluto. Los exponentes más agudos de este rechazo son Marx, Nietzsche y Heidegger. Estos pensadores, y en formas más extremas sus seguidores –los llamados posmodernos– oponen lo irracional a lo racional, lo fragmentario a lo sistemático y la pluralidad –multiplicidad carente de unidad– a la unidad en lo múltiple. La opinión pública, como observó Hegel, constituye la expresión sistemática de dichas características. La búsqueda y el pensar metafísicos quedan descartados de raíz en el pensar contemporáneo. ¿Cuáles son los fundamentos de esta situación?

Los tres pensadores mencionados anuncian el carácter esclavizante que ha tenido la razón como capital, moral y técnica para el hombre mismo y la necesidad de liberarlo de aquellas formas a través de una sociedad comunista, o de los superhombres o del pensar meditativo. Las ideas de estos tres pensadores se presentan en forma “apocalíptica”, pues ellos son los anunciadores –aunque no los participantes– de un futuro necesario (Marx), real (Nietzsche), por último, posible (Heidegger). Para los tres, Hegel es la culminación teórica de la razón en sus formas esclavizantes fundamentales (estado, religión y metafísica) y Platón, por su parte, el comienzo de la supremacía de la misma, la fuente del pensar metafísico, en suma, la raíz de lo sistemático.

Una mirada pacífica sobre la historia de la filosofía, un ver que no pugna con la tradición sino que trata de escucharla y de contemplarla en lo que ella misma es, tal como lo ha hecho el pensar logotectónico, advierte que en esa historia hay tres Épocas determinadas por tres sabidurías referidas al destino del hombre: el Sa-

ber de las Musas, el Saber Neotestamentario y el Saber Civil. Cada uno de estos Saberes amonesta al hombre a no vivir de manera meramente natural, a diferenciarse de sí mismo y forjarse un destino bajo las figuras ejemplares del héroe, el santo y el ciudadano. Ello no obstante, el pensar filosófico, en su inmediatez, busca cerciorarse por sí mismo de lo verdadero por el camino de la reflexión ya sobre el conocer (razón natural), ya sobre la cosa que le es propia (razón mundanal). La historia del pensar filosófico muestra que ambos caminos concluyen con necesidad, por su propia inmanencia, en un escepticismo desesperado, ya acerca del conocer en cuanto tal: 'todo es opinión y no hay verdad alguna', ya acerca de lo que es su cosa propia: 'no hay identidad alguna, todo se disuelve'. Sólo una vez consumado este escepticismo del pensar en sus modos natural y mundanal, la razón filosófica se vuelve hacia la fuente de la Sabiduría que la precede, para escucharla, porque ve en ella un 'saber' que va más allá del ropaje poético y comienza, por este motivo, a pensar conceptualmente ese saber convirtiéndose así en razón concipiente. El presente libro se ocupa esencialmente del pensamiento de Platón y de cómo el pensar platónico escuchó y pensó el Saber de las Musas. En virtud de la complejidad del tema aquí expuesto sólo podemos dar un panorama generalísimo del mismo.

Las Musas son hijas de Zeus y de una única madre, Mnemósine o 'Memoria' (*Mnéme*). El carácter divino de las mismas proviene de que ellas son la condición sin la cual la totalidad no llegaría a ser perfecta: una voz que habla de la perfección del universo. Las Musas constituyen, por este motivo, el momento final que hace del universo de Zeus algo a lo que nada le falta. Su dignidad no sólo estriba en ser hijas del "padre de los dioses y de los hombres", sino también en su intervención en la obra creadora y providente del mismo por medio de sus cantos. Tal dignidad era bien conocida entre los griegos, pues no sólo la filosofía y el canto contaban con

su asistencia, sino también todo obrar práctico, p. ej., la medicina, la agricultura, e incluso la guerra.

A la perfección le pertenecen esencialmente el orden y la unidad. En virtud de esto es que Zeus ha ordenado y dividido en general el universo en tres zonas (*moíra*) con sus respectivos gobernantes: la de los muertos (Hades), la del mar (Poseidón) y la del cielo (Zeus), lugar de los inmortales. Los tres gobiernan la tierra, habitada por los mortales. En cada zona o región se hacen valer, a su vez, "partes" o divisiones internas, también establecidas con justicia por la Repartidora (*Moíra*). La función de las Musas es, como hijas de Mnemósine o 'Memoria', hacer recordar a los dioses y a los hombres un determinado saber. Lo que ellas saben se reduce a tres puntos fundamentales: primero, que todo está ordenado previamente con la sabiduría y justicia de Zeus y de la Repartidora; dicho en otros términos, que cada cual tiene asignada una parte y no otra, y que ella es la que a cada cual le corresponde; segundo, que la injusticia, el querer ir más allá de los límites de la parte asignada, puede evitarse; tercero, que la injusticia o la contienda es consecuencia de la desmesura (*hýbris*) como ignorancia causada por el olvido o el intenso apetito sensible (*éros*) que hace olvidar. ¿Qué cosa? El saber acerca del orden divino establecido por Zeus y la Repartidora. Del último aspecto brota el conocimiento de que la justicia divina instaurada se mantiene y se transmite constantemente por medio del saber. Las poseedoras del mismo y las que tenían la misión de hacer saber esto para mantenerlo y a la vez transmitirlo eran las Musas.

Los griegos reconocieron el Saber de las Musas en Homero, Hesíodo y Solón, cuyos cantos eran el decir mismo (*lógos*) de aquéllas, lo divino comunicándose. A diferencia de los grandes poetas como Píndaro, Teognis de Megara, Simónides, Mimnermo, Safo, etc., Homero, Hesíodo y Solón fueron para los propios griegos sabios antes que poetas. La sabiduría de los mismos consistía

en comunicar el Saber de esas Musas que hablaban a través de ellos. Los tres hicieronlo conocer a los griegos de distintos modos, pues a cada uno de ellos se les presentó en una forma modal diferente. Para Homero, en sus *Iliada* y *Odisea*, lo necesario es la justicia o la parte ya asignada por Zeus a cada cual, mientras que lo real es la contienda producida por la desmesura de los hombres y los dioses, en tanto que lo posible, por último, es justamente el volver a conocer lo justo como salida posible de las contiendas. Para Hesíodo, en su *Teogonía*, lo necesario es la intelección que recibe el poeta en su tarea de dar a conocer el Saber de las Musas, mientras que lo real es la división o justicia primordial de los dioses en su origen, Tierra, Caos y Apetito (*Éros*). De esta realidad puede venir lo posible: las múltiples contiendas que surgen de la mezcla de los descendientes de Eros con los de Tierra y Caos, cuyos descendientes no se mezclan entre sí. De estas contiendas hablan Prometeo y Pandora en *Los trabajos y los días*. Lo posible de Hesíodo se torna, en la obra poética de Solón, en necesario: la contienda o la injusticia entre los hombres. Lo real consiste entonces en saber salir airoso de los conflictos. El reconocimiento del hombre ante sí mismo en su desmesura como causa de los males se presenta como el único camino posible para superar las contiendas. Esta posibilidad llevaría al hombre a expiar su desmesura frente a Zeus, el hacedor del orden necesario del universo.

Frente al Saber de las Musas, el pensar griego en sus albores buscó inmediatamente su propio saber en la investigación sobre el conocer mismo (Tales, Anaxímenes y Jenófanes) o en la observación del cosmos (Anaximandro, Pitágoras y Heráclito). Ambos caminos terminaron en escepticismos desesperados sobre sus respectivos objetos. Ello dejó en libertad a la razón para transformarse, por primera vez, en concipiente o "filo-sófica", es decir, en amante de la sabiduría porque viró hacia el Saber de las Musas para pensar lo que

ellas enseñaban. Parménides privó de verdad a ambos escepticismos con su filosofía. Ésta piensa conceptualmente el Saber de las Musas, principalmente en el modo de Solón. Lo que en él fue una posibilidad, el orden primordial de las cosas, para Parménides se transformó en el punto de partida necesario de su filosofar. La intelección del orden primordial, ahora ya como una realidad, dio lugar a la cosa de su pensar, la posibilidad de ver lo que es: el 'ente' o lo 'uno' que es, ha sido y será. El movimiento, por tanto, como pluralidad -mezcla de ser y no ser- resulta inconcebible. Esto causó una crisis en el pensar griego posterior donde éste se volvió a encerrar en sí mismo buscando la verdad -ahora contra Parménides- en la pluralidad. Los pensadores posparmenídeos buscaron, de esta forma, el saber en el conocer en tanto multiplicidad de opiniones y argumentos (Zenón, Gorgias y Protágoras) o en el cosmos como pluralidad de elementos eternos (Empédocles, Anaxágoras y Demócrito). El escepticismo desgarrador de ambos caminos elegidos hizo que la razón de nuevo girase hacia el Saber de las Musas y las escuchara, pero teniendo ahora que dar cuenta tanto del pensar parmenídeo como el de sus críticos. Esta fue la inmensa tarea de la razón concipiente platónica.

Platón no sólo da cuenta y justifica el pensar parmenídeo, sino también el de sus críticos inmediatos. Como Hesíodo de Homero, Platón recibe de Parménides lo que es posible para éste ahora como su necesidad, a saber, la cosa del pensar parmenídeo: el ente o lo que es. Pero ahora lo ente es tanto lo visible como lo invisible, la multiplicidad como también la unidad, tal fue la enseñanza de los críticos de Parménides para el pensar platónico. La unidad del ente es invisible y la multiplicidad visible: la multiplicidad empírica participa de la unidad invisible de la idea. En la multiplicidad y el movimiento, la idea es lo que verdaderamente "es". Ella es principio del movimiento temporal del cosmos, del conocimiento y del obrar. En el cosmos, su regularidad

revela la presencia de la idea en él; en el conocer, ésta se presenta como aquello que hace posible el pensar mismo (*lógos*), la identidad de los distintos pensamientos, que hace posible el diálogo auténtico y la posibilidad del acuerdo (*homologeín*); en el obrar ético, por último, la idea aparece en las distintas manifestaciones de la vida espiritual, ya como "virtud" -amistad, culto a los dioses, amor, valentía, control de sí mismo, sabiduría, justicia- ya como su opuesto.

Frente a la necesidad de que lo ente es tanto la unidad como la multiplicidad, se le presenta a Platón - como a Hesíodo- la realidad como el ente en su división primordial, aunque ahora bajo la exigencia parmenídea de la unidad de lo que es, ha sido y será en su propio pensar. Esta división del ente, que constituye para el pensar platónico su realidad, no atañe tanto a la relación que hay entre lo ente y la multiplicidad empírica (participación de lo visible en lo invisible o inteligible), como a la división primordial que existe entre las ideas o principios mismos (participación inteligible): la idea del Bien, la idea fundamental -principio que subyace a todas las otras ideas - y las ideas que participan de ella. Tal como enseña Platón, los hombres siempre actúan, aunque no lo sepan, conforme a la idea del Bien, pues ésta está a la base de cualquier acción humana virtuosa que está regida, a su vez, por su idea correspondiente, p. ej., la sabiduría, la justicia. Por esta razón las distintas formas de la desmesura (*hýbris*) entre los hombres, que es siempre una violación de la justicia, resultan de confundir lo bueno aparente con lo que es realmente tal, esto es, tomar como principio lo que no es principio; confusión que no es sino ignorancia, porque todo buen actuar está acompañado por el saber. Únicamente el hacer saber a los hombres, esto es, un hacerles recordar (*anámnesis*) la verdad de los principios de las cosas, las ideas, puede lograr que salgan de su ignorancia.

La tarea de hacer recordar a los hombres la idea

fundamental es tarea de la ciencia dialéctica. Pero en la medida en que la idea del Bien está ya implicada en toda otra idea o principio, resulta que de la realidad del pensar platónico, la realidad en su división primordial, proviene –como en Hesíodo- la posibilidad encerrada en la misma: la multiplicidad de la combinación de las ideas entre sí. El descubrimiento y desarrollo de la participación de las ideas entre sí, esto es, el hacer recordar y saber el entrelazamiento de los principios entre sí, es el trabajo de la ciencia dialéctica, la tarea misma del pensar platónico. Por medio de esta tarea y esfuerzo los hombres llevan a cabo una transformación interior, saliendo de su ignorancia, distinguiéndose respecto de sí mismos, para que vivan conforme a su esencia: participar activamente, por medio del conocer y el obrar, en la verdad de la idea o de lo que es. En esta tarea “pedagógica”, tan inmensa como ardua, vio Platón la obra de la filosofía misma.

Mateo Dalmasso

NOTA

1. El texto que ofrece este libro, con enmiendas y añadidos menores, es el de las lecciones dictadas por el Prof. Dr. Martín Zubiria en la Cátedra de Historia de la Filosofía Antigua, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo correspondiente al curso del año 2003. El contenido de estas lecciones descansa en lo sustancial, como el mismo autor señala, en los trabajos del ‘pensamiento logotectónico’ de Heriberto Boeder.

CARLOS I. MASSINI CORREAS: *Constructivismo ético y justicia procedimental en John Rawls*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2004, 130 pp.